

Un año de la masacre de El Amparo

La sangre derramada sigue clamando

En El Amparo, tanto en el casco urbano del pueblo, como en las orillas del Apure cercano, hay 14 familias a las que todavía no se les han secado las lágrimas de los ojos. Hay 14 familias que día tras día se enfrentan a la supervivencia sin el apoyo de quien antes aportaba con su esfuerzo el pan de cada día. Hay 14 familias que siguen clamando por una justicia que no llega.

En El Amparo hay dos personas que cada jornada, cuando deben salir a su trabajo, miran asustados a su alrededor, que casi no se atreven a pescar en el Apure, que cada anochecer al encerrarse de nuevo en sus ranchos, dan gracias a Dios porque todavía siguen con vida.

Esto sucede porque en el Cementerio de El Amparo hay 14 tumbas. 14 tumbas sencillas y humildes. 14 tumbas en las que nunca faltan las flores frescas traídas por madres, esposas, hermanos, hijos y parientes de los pescadores cuyos cuerpos están en ellas enterrados. Esto sucede porque en ellas están sepultados 14 hombres del pueblo que fueron asesinados en una emboscada. Y porque dos de los pescadores que aquel día habían salido con sus compañeros a comerse un sancocho, pudieron salvarse de la emboscada y contar lo que allí, en un lejano claro del monte, a las orillas del Caño La Colorada, había sucedido...

El 29 de octubre se cumplió el primer aniversario de la masacre de El Amparo. A los 12 meses de sepultados, los muertos todavía no descansan en paz. Sus familiares, todavía lloran sin paz. Los sobrevivientes, siguen viviendo el temor que no permite la paz. Porque todavía no se ha hecho justicia. Porque cuando se intenta averiguar cómo anda la justicia en el caso de los asesinados en el caño La Colorada, sólo hay silencio, o el rumor cada vez más firme de que "ese caso está judicialmente muerto".

**La sangre
de tu hermano**

"La sangre derramada de tu hermano está clamando a mí desde la tierra" (Gen 4, 10), sigue diciendo el Señor. Por eso todos los que creemos en ese Dios que escucha el clamor del oprimido, todos los que creen en la justicia, tenemos que hacernos resonadores de ese clamor que brota desde las tumbas de los asesinados, desde los sollozos de sus familiares, desde el temor de los sobrevivientes. Hasta resucitar judicialmente el caso. Hasta que se haga Justicia.

Recordemos la historia. El domingo 30 de octubre del año pasado los medios de comunicación informan de un enfrentamiento habido entre el Comando Específico José Antonio Páez y un grupo guerrillero. Según el propio Comandante del CEJAP, General de División (hoy retirado con honores) Humberto Camejo Arias, han muerto 16 irregulares. Hay 14 cadáveres, ya que dos de los abatidos habrían caído en las aguas del río y sus cuerpos no han sido encontrados.

Ya al día siguiente se sabe que los cadáveres pertenecen a conocidos habitantes de El Amparo y que los dos desaparecidos no están muertos, sino que han logrado llegar desde el lugar de la

masacre hasta el pueblo, donde sintiéndose perseguidos, se refugian en la Prefectura del lugar. Desde el dolor del pueblo unido ante la terrible tragedia, brota la nueva versión de los hechos: no ha habido enfrentamiento, no ha habido guerrilleros, sino que se ha producido una matanza de pacíficos ciudadanos venezolanos.

Quizás nunca en toda la historia de la democracia de Venezuela, la opinión pública toda, ha dado menos crédito a una versión oficial. Para sostenerla, pone todo su peso en la balanza el entonces Presidente de la República, Dr. Jaime Lusinchi. Para sostenerla también, el Juez militar de San Cristóbal, asume judicialmente la versión oficial y acusa de subversión militar a los 14 muertos y a los dos sobrevivientes. Los primeros ya están "ajusticiados"; a los segundos se les dicta auto de detención... Hay que repetirlo: nunca en toda la historia de la Venezuela Democrática, la opinión pública ha dado menos crédito a una versión oficial. Por eso vendrán las protestas, los reclamos, las investigaciones de los buenos periodistas, las declaraciones y la solidaridad de las diversas comisiones de defensa de derechos humanos... hasta la investigación por una comisión del Congreso de la República... que refuerzan la veracidad de la versión de los habitantes de El Amparo y descalifican la versión del entonces Presidente de la República.

Seguiría a todo esto el autoexilio de los sobrevivientes, su regreso al país y la declaración de su inocencia por una instancia superior de la justicia militar... hasta que otra instancia de la misma justicia acaba por dejar en libertad a los militares y policías acusados de la matanza... con lo que los sobrevivientes no tienen más remedio que "acogerse a sagrado" y se refugian en la Parroquia de Las Vegas de Petare, bajo la protección de la Iglesia... Habrá que esperar a que, con el cambio de gobierno, se instalen los nuevos tribunales... Se instalaron... y no ha pasado nada. Sólo pasa el tiempo, como si se pretendiera que todo se olvide...

Pero "el clamor de la sangre derramada" no puede ser acallado. Sigue resonando en los corazones de todos los que creen en la justicia y en la democracia. Sólo cuando se haga de verdad justicia a los muertos, a sus familias y a los sobrevivientes, el clamor dejará de elevarse hasta el cielo. Mientras no se haga justicia (hay que decirlo), hay algo que ensucia a nuestra democracia, hay algo que ensucia a los encargados de administrar justicia, hay algo que ensucia a las Fuerzas Armadas y las Policías. Ni el silencio, ni el olvido (si es que pudiera llegar a producirse), pueden limpiar esa mancha.

El 4 de Octubre de 1988, frente a las cámaras de la Televisión, asumiendo la versión que diera el General Camejo, Jaime Lusinchi se hizo responsable de las 14 muertes de El Amparo... En estos momentos en los que se habla de enjuiciar al ex-Presidente, aunque nos interesa el destino de los dineros públicos, aunque nos interesa de verdad el castigo de quienes se han aprovechado de sus cargos para enriquecerse o para enriquecer a sus amigos, hay que decir en voz muy alta, que nos interesa mucho más que se enjuicie a quienes han robado la vida de personas de nuestro pueblo, a sus cómplices y a sus encubridores. Porque no hay ningún bien que pueda ponerse a la altura de ese regalo de Dios que es la vida y no hay nada que deba reclamarse tanto como la vida arrebatada antes de tiempo...

**No dejará
de clamar**